

## CAPÍTULO I

### LA AUTODEFENSA Y LA GUERRILLA

#### ¿LA HISTORIA LO ABSOLVERÁ?

Las primeras horas de la revolución no dejaban augurar lo que pasaría después. Cuba despertaba por aquel entonces, con alborozo, del final de un régimen y con el anuncio de una nueva era, bajo el signo de la democracia, de la lucha contra la miseria y contra la dependencia económica. En la noche del 31 de diciembre al primero de enero de 1959, el dictador Fulgencio Batista había salido de La Habana huyendo, llevándose con él en el avión que lo conducía al exilio una parte de los bienes que había podido atesorar (gracias a la corrupción y al robo) con el paso de los años, así como a un gran número de sus secuaces, implicados en la brutal represión contra las guerrillas rurales y urbanas activas en toda la isla, impulsadas por diversos movimientos revolucionarios, no todos bajo las órdenes de Fidel Castro.

Batista era el caudillo latinoamericano típico, una mezcla de populismo y autoritarismo. Al principio fue sargento taquígrafo y participó en varios alzamientos llamados «revolu-

ciones», como la de 1933, tras la cual, otro dictador, Gerardo Machado, había sido derrocado por la acción combinada de los movimientos insurreccionales, estudiantiles en su mayor parte, y del Ejército.

Dominó durante décadas la vida política de Cuba, a menudo en la sombra, a veces a plena luz, cuando fue elegido democráticamente en 1940 por un plazo de cuatro años, haciendo votar una constitución muy progresista para la época e integrando en su gobierno incluso a ministros comunistas, quienes más tarde ocuparían cargos importantes en el régimen castrista. En 1944, al perder las elecciones, se retiró de la vida política para no regresar sino ocho años después, el 10 de marzo de 1952, con un golpe de estado que se desarrolló sin sobresaltos. Fue el *putsch* que colmó el vaso. El mulato Batista, a quien le costó ser aceptado por los círculos de la alta burguesía blanca, puso manos a la obra abriendo paso a la corrupción, al manejo de los juegos de dinero, a los casinos y a la prostitución, que proliferaba en los principales barrios de la capital. Pero muy pronto la contestación se amplificó, cobrando forma de levantamientos armados cuyo único objetivo era sacar al dictador del poder, pues el proceso democrático, que parecía consolidado, había sido interrumpido por la acción desconsiderada de un hombre al que no le quedaba otra salida frente a sus adversarios que no fuera la violencia, los asesinatos individuales, las torturas y las ejecuciones extrajudiciales.

El primer gran aviso sangriento tuvo lugar el 26 de julio de 1953. Ese día el joven abogado Fidel Castro, conocido por su activismo político, a menudo violento, en el seno de la Facultad de Derecho, apoyado por su hermano Raúl y por

más de un centenar de jóvenes combatientes, lanzó un ataque que se puede calificar de suicida contra el cuartel Moncada, en Santiago de Cuba, la segunda fortaleza militar del país, y contra el cuartel Carlos Manuel de Céspedes, en Bayamo. Los insurgentes, sin experiencia alguna, pertenecían en su mayoría a las Juventudes del Partido Ortodoxo, una de las formaciones políticas tradicionales de la isla, que, a causa del golpe de Batista, vio frustrada una posible victoria en las elecciones que debían tener lugar. El mismo Castro era candidato para el cargo de senador. Su carrera se veía comprometida por mucho tiempo, antes de haber siquiera comenzado. La sociedad civil cubana, y en particular la juventud, había experimentado el retorno del *Hombre* (apodo de Batista) como una frustración insostenible e injustificable. Pero gran parte de los jóvenes que estaban reunidos en una finca la víspera del asalto al Moncada y que habían llegado del oeste de la isla ni siquiera sabía lo que había ido a hacer en Santiago, en la otra punta del país. Algunos de ellos, entre los cuales se encontraba el futuro disidente Gustavo Arcos, se negaron en un primer momento a participar en el asalto, por lo que se les consideró traidores. Castro en persona les encerró en uno de los cuartos de la finca. Después, y pese a todo, algunos de ellos decidieron participar en el ataque.

El plan tenía como objetivo tomar la fortaleza y a partir de ahí proclamar la caída de Batista. Como era época de carnaval, los insurgentes se disfrazaron con uniformes para sorprender a los soldados que dormían. Fue un fracaso total y rotundo. Pasado el primer efecto de sorpresa, los militares replicaron causando numerosas víctimas entre los asaltantes; a los que capturaron los torturaron salvajemente y asesina-

ron sin compasión. La represión de la dictadura estuvo a la altura del miedo que pasaron los soldados, quienes también contaron entre sus filas un número importante de muertos y heridos. Refugiados en las montañas de los alrededores, Fidel y Raúl le debieron su salvación a la intervención del arzobispo de Santiago, monseñor Enrique Pérez Serantes, un amigo de la familia. Batista, originario también de la provincia de Oriente, conocía al padre de los jefes de la rebelión, el cual tenía tierras en aquella región, lo que explica en parte su benevolencia con ellos.

Fidel encontró sin tardar a otro aliado en la persona de Miguel Ángel Quevedo, el director de la principal revista del país, *Bohemia*, que publicó las fotos de los cadáveres de los asaltantes sin ser censurada. Años más tarde Quevedo, quien había apoyado la insurrección con todos los medios a su alcance, se suicidó en Venezuela después de haber elegido el camino del exilio y pronunciado su *mea culpa* por el papel que desempeñó en la toma del poder por los revolucionarios.

Pero Fidel Castro disponía de un arma de propaganda aún más eficaz: él mismo. Por su condición de abogado tenía derecho a asumir solo su propia defensa. Más que una defensa, su argumentación se convirtió en una acusación contra Batista y en un programa revolucionario. El 16 de octubre de 1953, en Santiago de Cuba, pronunció el primero de los largos discursos que forjaron poderosamente su leyenda. Su labia se convertía en el complemento indispensable de las armas y en mucho más que eso. Gracias a ella, Castro transformó un desastre militar en una victoria política. Sin embargo, fue condenado a quince años de cárcel y sus compañeros de armas a penas más ligeras.

Desde su prisión en Isla de Pinos, el joven abogado revolucionario reelaboró su defensa y luego la publicó en un folleto distribuido por sus seguidores. El título retomaba su conclusión: «Condenadme, no importa, la Historia me absolverá». La referencia a la Historia (con mayúscula) se convirtió a partir de entonces en la justificación de todos sus actos.

En ese texto, hacía un llamamiento al «pueblo», una noción indeterminada que incluía tanto a los desempleados como a los trabajadores agrícolas, a los obreros, a los empleados temporales y a los pequeños campesinos propietarios de sus tierras, así como a los «profesionales jóvenes: médicos, ingenieros, abogados, veterinarios, pedagogos, dentistas, farmacéuticos, periodistas, pintores, escultores, etcétera». Un catálogo exhaustivo en el que no se excluía a nadie, basado en cifras fantasiosas e inverificables. En él Castro trataba de aislar al tirano y de atraer a su causa a todos los sectores, sobre todo el de la burguesía, con un programa de unión ecuménica, muy poco marxista, contrariamente a lo que el régimen quiso hacer creer después, durante la época de su luna de miel prolongada con la Unión Soviética.

Colocaba más bien sus ideas bajo los auspicios del «apóstol» de la independencia cubana frente a los españoles: José Martí. Afirmaba también la legitimidad de su acción armada por la presencia en el poder del dictador con una sentencia mordaz en la que el acusador (Batista) se volvía acusado: «Es concebible que los hombres honrados estén muertos o presos en una república donde está de presidente un criminal y un ladrón».

La autodefensa de Fidel Castro fue el texto fundador de la gesta revolucionaria. A partir de entonces, el grupo que

estaba bajo sus órdenes pasó a llamarse Movimiento 26 de Julio para celebrar el día del asalto. En 1955, aprovechando su elección oficial (fraudulenta) a la presidencia de la República, Fulgencio Batista, en un gesto de magnanimidad que le resultó fatal, ante la presión de la opinión pública y de la prensa, concedió una amnistía a los jóvenes asaltantes del cuartel Moncada. Pero hubo un hombre que se opuso en la Cámara de Representantes a esta medida de clemencia: el ex cuñado de Fidel Castro, Rafael Díaz Balart, hermano de Mirta, de quien Castro se divorció mientras estuvo preso. Sus parientes próximos ocupaban importantes responsabilidades gubernamentales: la lucha de Castro contra Batista cobraba a menudo el cariz de un asunto familiar.

Los insurgentes permanecieron, de hecho, menos de dos años en prisión, pero bastó para que la juventud cubana y las organizaciones revolucionarias que iban proliferando en la Universidad los considerasen como unos héroes. Muchos de los prisioneros liberados se exiliaron a México, etapa de transición hacia nuevos combates. Al ataque al cuartel Moncada le seguirían otros, tan suicidas como el primero, pero mejor preparados. Durante cerca de año y medio, los militantes del Movimiento 26 de Julio se entrenaron en México para otra forma de acción: la guerrilla. Paralelamente, Fidel Castro recolectaba fondos en el seno de la emigración cubana de Estados Unidos que se sentía apegada a la democracia vapuleada por Batista. Allí logró difundir la idea de que, si se le afrontaba con métodos pacíficos, el dictador no abandonaría nunca el poder y que la lucha armada era la única solución. La mayoría de los partidos y organizaciones opuestos a Batista organizaron también cada uno su propia insurrección.

En México, Castro, acompañado como siempre por su hermano Raúl, conoció a un hombre que llegaría a convertirse en un mito después de su muerte: el revolucionario argentino Ernesto Che Guevara. De formación marxista, el joven médico asmático era un aventurero que fue a parar a México tras el golpe de estado en Guatemala llevado a cabo en 1954 con el apoyo de los Estados Unidos contra el gobierno militar populista de Jacobo Arbenz. De aquel golpe sacó como conclusión que un movimiento revolucionario sólo podía mantenerse en el poder por la fuerza ejercida sin piedad contra sus enemigos, pues de no ser así se arriesgaba a caer en la ingenuidad política y a convertirse en una presa fácil para «el imperialismo americano». El doctrinario Guevara contribuyó a influenciar el pensamiento de Castro, en el sentido de un acercamiento al pensamiento marxista y a los países comunistas.

«Pertenezco por mi preparación ideológica a los que creen que la solución de los problemas del mundo está detrás de la llamada cortina de hierro, y tomo este movimiento como uno de los tantos provocados por el afán de la burguesía de liberarse de las cadenas económicas del imperialismo», escribía Guevara en la Sierra Maestra, permitiéndose incluso una valoración iconoclasta del Comandante en Jefe: «Consideré siempre a Fidel como un auténtico líder de la burguesía de izquierda, aunque su figura está realzada por cualidades personales de extraordinaria brillantez que lo colocan muy por arriba de su clase». En el transcurso de la guerrilla, Castro, por su parte, proclamaba ante las cámaras de televisión americanas: «Nosotros no somos comunistas».

El inicio de la nueva fase de combate fue otro desastre militar. El desembarco en las costas de la provincia de Orien-

te, en diciembre de 1956, tras una travesía agotadora para los ochenta y dos hombres que salieron de México a bordo del yate *Granma*, se desarrolló de forma lamentable. Los servicios de inteligencia de Batista habían oído algo sobre los proyectos y la organización del viaje. Las tropas en alerta esperaban a los expedicionarios en tierra firme. Las víctimas de esta nueva aventura fueron numerosas. Los diarios anunciaron acto seguido la muerte prematura de Fidel Castro. Pero éste había conseguido escapar de sus perseguidores y refugiarse en la Sierra Maestra, el más alto macizo montañoso de Cuba, con algunos de sus partidarios. ¿Cuántos eran? Unos veinte, más o menos. Lo extraño es que, en 1968, uno de los principales ideólogos de la revolución y uno de sus más famosos exiliados después, el periodista Carlos Franqui, publicó un libro de testimonios sobre la guerrilla titulado *El Libro de los doce*. Por más que se cuente y se vuelva a contar el número de supervivientes del *Granma* reunidos en torno a su jefe en las montañas, nunca se llega a la cifra doce. En la Sierra y después de la toma del poder, los revolucionarios lograron inventar de pies a cabeza una mística cristiana con una mezcla de «santería», la religión sincrética afro-cubana, que abarca en una misma devoción a los dioses traídos de África por los antiguos esclavos y a los santos católicos introducidos por la colonización. El líder barbudo de la Sierra no podía ser sino el Mesías rodeado por sus doce apóstoles: la misma voluntad de sacrificio, el mismo mensaje de paz y de humanismo, a pesar de la violencia generalizada en la isla. Fidel Castro utilizó a las mil maravillas este aspecto susceptible de incorporar, a su causa, a la vez a las clases populares y a la burguesía cubana, cansada ya de las exacciones de Batista.

La guerrilla castrista duró dos años antes de bajar a las ciudades y tomar el poder. Pero no fue el único movimiento revolucionario en la isla. La palabra «revolución» había adquirido una connotación mágica. Entre los grupos más decididos a liquidar a Batista por medio de la violencia, figuraba el Directorio Revolucionario, compuesto mayoritariamente por estudiantes. El 13 de marzo de 1957, éste se lanzó a una operación espectacular que acabó en un baño de sangre: el ataque al Palacio presidencial, en pleno centro de La Habana. Su objetivo no era el mismo que el de Fidel Castro cuando atacó el cuartel Moncada cuatro años antes. Esta vez no se trataba de un intento de *putsch* contra un símbolo militar, sino de atacar directamente al cabecilla, eliminando así el problema de una vez por todas. De hecho, los combatientes del Directorio lograron llegar hasta el despacho de Batista, ubicado en el segundo piso del Palacio, pero él ya había conseguido refugiarse en el tercero por un pasadizo secreto. Se salvó de milagro. La represión contra el grupo fue proporcional al miedo que sintió el dictador. El dirigente del Directorio, José Antonio Echevarría, cayó herido de muerte por la Policía después de que, con otros combatientes, hubiera tomado, simultáneamente al ataque contra el Palacio presidencial, los locales de la estación Radio Reloj con el fin de difundir un manifiesto anunciando el final del régimen. En su testamento, redactado poco antes de los hechos, se colocaba bajo el signo de José Martí, como todo el mundo en Cuba, incluso Batista, pero también invocaba «la gracia de Dios». Los supervivientes encontraron refugio en la Universidad. Fueron acosados sin descanso, algunos fueron asesinados por la Policía y el Ejército dentro del perímetro de la capital. Los

estudiantes de La Habana que estaban en los primeros puestos de la insurrección armada fueron perdiendo paulatinamente su preeminencia en beneficio de la guerrilla de la Sierra Maestra. Ésta adquiriría, a partir de entonces, una posición hegemónica, quitándose de en medio un rival potencialmente peligroso para el caudillismo de Castro.

La sociedad cubana vivía en estado de insurrección virtual. Los ataques a los cuarteles se sucedían, algunos dirigidos por los partidarios del antiguo presidente derrocado por el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, Carlos Prío Socarrás; éste se suicidaría en el exilio tras la toma de poder por Castro. Hubo incluso un intento de alzamiento militar en Cienfuegos, al sur de la isla, que las unidades fieles a la dictadura aplastaron mediante bombardeos. Las condiciones de la lucha armada en las ciudades eran demasiado difíciles, por la brutalidad y la eficacia del aparato represivo. A los sabotajes y atentados realizados por los revolucionarios, de cualquier fracción o tendencia, la Policía y el Ejército contestaban con asesinatos de opositores conocidos, no todos partidarios de la lucha armada, quienes aparecían colgados al borde de las carreteras o bien eliminados de un tiro en la cabeza o de una ráfaga de ametralladora. La Sierra Maestra era el único refugio inaccesible para las tropas de Batista. Allí Fidel Castro y sus guerrilleros, que nunca llegaron a superar unos pocos cientos de hombres, empezaban a construir una contra-sociedad cada vez más influenciada por las aspiraciones de los pequeños campesinos que vivían en la zona. La reforma agraria, reivindicación tradicional del campesinado de América Latina, acabó ocupando un lugar privilegiado en el programa del Movimiento 26 de Julio, ya que

algunos sectores urbanos no apoyaban con demasiada convicción a la guerrilla, negándose a aceptar su dominación y, más que nada, la pretensión de Castro a erigirse como jefe todopoderoso de la rebelión en su conjunto. Con motivo de una violenta polémica interna, éste se vio obligado a precisar: «No soy un vil ambicioso. Ni me creo ni quiero ser caudillo, ni insustituible ni infalible. Me importan un bledo todos los honores y todos los cargos». Las disensiones con el Directorio Revolucionario, que denunciaba su «caudillismo», y con los comunistas del Partido Socialista Popular, que seguían conservándole cierto aprecio a Batista, con quien habían colaborado en múltiples ocasiones, afectaban al movimiento sindical e incluso a los grupos urbanos del Movimiento 26 de Julio. Una intentona de huelga general que pretendía desembocar en insurrección se transformó en un rotundo fracaso para la guerrilla. Poco después, el Ejército trató de tomar las riendas realizando una ofensiva contra los rebeldes. Pero estaba mal entrenado para luchar contra una guerrilla (pues no era esa su función: era más un instrumento de ascenso social y una máquina para fomentar golpes de Estado que un cuerpo armado destinado a combatir). Además, Batista acababa de ser abandonado por Washington, que había decretado un embargo sobre las armas destinadas a Cuba. En el extranjero Castro empezaba a gozar de una asombrosa popularidad. Aparecía en primera plana de las grandes revistas norteamericanas y del semanal francés *Paris-Match*, que lo consideraban como una especie de Robin Hood luchando contra una dictadura considerada unánimemente cruel y corrupta. Ante la prensa y las televisiones del mundo entero, el dirigente revolucionario hacía alarde

de sus convicciones democráticas y de su deseo de buen entendimiento con Estados Unidos, mientras lucía una cruz monumental en el pecho. No había de qué asustarse dentro de un contexto internacional dominado entonces por la guerra fría.

La propaganda revolucionaria conoció un desarrollo considerable. Bajo la dirección de Carlos Franqui, Radio Rebelde se escuchaba por toda la isla, mientras que un pequeño diario, una hojita de nada, salía a la luz en la Sierra. Su título: *Revolución*, claro está. El órgano del Movimiento 26 de Julio cobraría una extraordinaria importancia tras la toma de poder, convirtiéndose en un factor indispensable de movilización. Poco a poco, todos los grupos de oposición se unieron a la táctica de guerrilla en las montañas. Se creó el «Segundo Frente» en la sierra del Escambray. Finalmente, el líder comunista Carlos Rafael Rodríguez, antiguo ministro sin cartera bajo el primer gobierno democrático de Batista, decidió unirse a Castro en la Sierra Maestra, casi en el último momento, cuando la dictadura parecía derrumbarse moralmente y perdía todos sus apoyos en las ciudades, en particular el de la burguesía, cuyo sostén a la insurrección fue determinante.

El momento de la ofensiva final había llegado. Imitando la gesta guerrera de los mambises, los combatientes por la independencia contra España a fines del siglo XIX (Fidel Castro sabía valorar perfectamente la dimensión simbólica de sus combates), el líder revolucionario envió dos columnas de guerrilleros para que cruzaran la isla de oriente a occidente bajo el mando de dos de sus más fieles lugartenientes: los comandantes Camilo Cienfuegos y Ernesto Che Guevara, quienes tenían como misión reducir la escasa resistencia mi-

litar obligando al mismo tiempo a los demás insurgentes, los del Escambray, a someterse a sus órdenes, a pesar de sus reticencias.

Tras una batalla decisiva en Santa Clara, en el centro de la isla, donde el Che conquistó sus títulos de gloria al destruir un tren blindado que pretendía proteger a los soldados de Batista, los insurgentes estaban listos para emprender la marcha hacia la capital y tomar el control de las principales fortalezas militares. El Ejército estaba en plena desbandada, sin órdenes del dictador, quien se había dado a la fuga. Algunos generales intentaron programar maniobras políticas de última hora para evitar tener que entregar el mando a los revolucionarios. Pero Fidel Castro ya sabía que el poder era suyo. De la Sierra Maestra bajó a Santiago de Cuba, para establecer allí la capital revolucionaria provisional, mientras sus hombres se encargaban de controlar el resto del territorio.

Su entrada triunfal en la capital del país tenía que asemejarse a una victoria apoteósica, algo así como una «larga marcha» o una «marcha sobre La Habana».